

de Sindbad, habíale conocido en Samarcanda dos de los marineros de *la Pinta*, mucho tiempo cautivos entre los infieles. Muchas veces le habían oído jurar allí que, por nada del mundo, se arriesgaría él en el mar Tenebroso, donde el terrible pájaro tenía su ordinaria vivienda, y del que no se apartaba jamás sino para renovar su provision de carne humana.

Cristóbal Colon no despreciaba tanto como se hace hoy, estas fábulas y muchas otras que he oído ridiculizar, á bordo de *la Truite*, por un gaviero despreocupado, —no creía sino en el buque fantasma, — sobre todo admiraba Colon aquellos marineros tan supersticiosos que, creyendo en semejantes cuentos, se dejaban no obstante conducir á los mismos lugares que les pintaban con tan horribles colores.

Tocante á él casi seguro de que el éxito feliz disiparía pronto estas ilusiones, saboreaba ya, adelantando hacia aquel infierno imaginario, realidades más celestiales que ninguno de sus más bellos sueños de la infancia.

Observador y contemplador al mismo tiempo, por un privilegio de los más raros, ántes que ninguno de sus compañeros hubiese notado ninguna diferencia entre el hemisferio natal y aquél donde penetraban, el se veía y sentía ya en un nuevo mundo.

Una temperatura ménos variable, y continuamente refrescada por ventolinillas tan iguales como constantes; un aire impregnado de los más vivificantes olores marinos, efluvios magnéticos, cuyo poder iba muy luégo á manifestarse por el más raro de sus caprichos aparentes; aguas más cristalinas, más saladas, más fosforescentes; cielos más resplandecientes durante el día, y que cada noche dejaban ver astros nuevos; tales eran, en parte, los fenómenos que arrebatában su alma de poeta, mientras que día y noche, —porque apenas dormía, —sentado ó en pié en la toldilla del castillo de popa, los ojos en el astrolabio ó en la caña del timón, la sonda ó la pluma en la mano, atendiendo á los menores detalles, lo mismo que al conjunto, admirando, calculando, orandó, obrando, escribiendo, tenía su libro de estima con la puntualidad de un simple piloto.

Llevó también dos de estos libros, á contar desde el 9 de setiembre: el uno, exacta y poéticamente detallado, estaba reservado para su propio uso; el otro, hecho para tranquilizar á la tripulación, disimulaba una parte de la distancia recorrida.

Esta precaucion se había hecho indispensable.

Á los terrores supersticiosos prontamente desvanecidos ante la risueña apariencia de los hechos, habían sucedido otras inquietudes, que no desaprobaban estos mismos hechos, interpretados por la ciencia imperfecta de la época.

Si miembros ilustrados de la expedición, tales como García Hernández, los hermanos Pinzon, ó Juan de la Cosa, no creían apenas en las dificultades de un retorno, dificultado, segun se decía por la convexidad del globo; si no pensaban

con algunos marineros y muchos teólogos, que llegados á cierto punto del globo, se verían arrastrados á la luna, por el cambio de su centro de gravedad, no estaban á lo ménos sin temor ante «la protuberancia que se elevaba en forma de pera al noroeste del mar Océano, y en cuya cima estaba el Paraíso terrenal.»

Además de este temor, fundado en una opinion que profesaba el mismo Colon, ¿no había por ventura los vientos del Este, cuya constancia, evidentemente propia de aquellas longitudes, impediría cruzarlas á la vuelta?

Por otra parte, no era todo para rechazado, en los malos rumores que corrían acerca del hemisferio opuesto al nuestro, comenzando por aquella especie de mar de yerbas, confusamente descrito por los antiguos, y cuyos bancos de yerbas marinas que ya se habían costeadado, podían ser muy bien simples precursores.

Finalmente, ¿la misma brújula, aquella guía maravillosa recién descubierta, á la verdad, pero hasta entónces reputada infalible, no había también variado? ¿Cómo fiar en ella en adelante en aquellas regiones rebeldes á las leyes de la naturaleza?

Afortunadamente Colon tenía respuestas para todas estas preguntas.

El último de estos fenómenos no había dejado de sorprenderle un poco primeramente; hasta lo había tenido secreto; pero cuando lo vió descubierto, su penetracion le había sugerido ya una explicacion del mismo, que resumió en términos cuyo buen resultado fué efecto de la osadía.

«No era la aguja imantada la que había perdido su virtud, sino que la estrella polar había cambiado de sitio.»

Si el mismo Colon se hubiese contentado con esta explicacion, seríanos lícito reírnos de ella; pero se le debe admirar por haber sabido, á lo ménos, en sus notas, plantear científicamente este problema, que con su tripulación debió resolver de la manera expeditiva de un Alejandro.

Ya se ha dicho empero que conviene ménos compararle al hijo de Filipo que al de Laertes, sin olvidar ninguna de las reservas que implica una comparación tan profana. Á ejemplo del sabio protegido de Minerva, practicaba admirablemente la máxima: Á Dios rogando y con el mazo dando. Su explicacion de las aparentes faltas de la brújula tiene tanto mérito como lo que *Porsena* hizo creer al tonto Polifemo, y el artificio del libro de estima llevado por partida doble deja muy atrás las más hábiles estratagemas de Ulises.

Finalmente, como este último, mandaba hombres muy inferiores á él por el corazón y la inteligencia, para que con ellos no fueran de buena ley todos los ardides. Colon los juzgaba de este modo, y con razón; pero todo su talento habría sido insuficiente para reducirles, sin alguna de aquellas intervenciones del cielo cuyo auxilio merecía obrando como si no hubiese contado sino consigo mismo.

Todo había salido á pedir de boca durante los primeros días de la navegacion,

desde la salida de las Canarias. Hasta los terrores habían cedido el puesto á una confianza excesiva, en el sentido de que ahora se exageraba la proximidad y el fácil acceso de aquellas tierras reputadas primero tan lejanas y tan inaccesibles.

Desde el 14 de setiembre, siguiente día al del episodio de las variaciones de la brújula, era la atmósfera tan tibia, tan embalsamada, las mañanas sobre todo tan risueñas, tan radiantes, que Colon las compara á las de Andalucía; sólo les falta, dice, el canto de los ruiseñores. Las noches no son ménos deliciosas: á la luz de las estrellas se añaden brillantes meteoros, uno entre otros, cuyo volúmen, con el esplendor y la extension inusitada de su estela, espanta de pronto á algunos marineros; pero el Almirante ve en él un maravilloso ramo de fuego, una palma celestial, presagio de un próximo triunfo.

Numerosos indicios parecen confirmar esta explicacion poética; ya son los marineros de *la Niña* que han visto pasar una golondrina de mar y un rabo de pico; creíase saber además que semejantes aves no se alejan nunca de tierra más de veinte y cinco leguas á lo sumo.

Ya se descubren aves de la misma especie dirigiéndose al oeste, y Martin Alonso Pinzon lanza tras de sus huellas su muy velera *Pinta*, creyendo ver muy pronto aquella tierra de la que está aún tan lejos.

Cuanto más se avanza, más se multiplican también los signos reveladores. Gorriones cantores van á posarse en las vergas y en los aparejos de los palos que toman por árboles flotantes. Sus gorgeos no enternecen solamente á Colon: en torno de él se abren los corazones á las más risueñas esperanzas.

Yerbas marinas arrastran crustáceos vivos. Una mañana, dirigiéndose varias plangas hacia el sudeste, pasan por sobre de *la Santa María*, y el Almirante, participando de la ilusion común, hace observar que todos los pájaros de aquella especie duermen en tierra, y van, al amanecer, á buscar su alimento en el mar; está, pues, seguro de que hay islas en el noroeste; pero á pesar de estas apariencias, y las súplicas de los que le empeñan á que fie en ellas, proseguirá su ruta hacia la India. En vano se le insta, se le apremia: «El tiempo es bueno, dice, y si Dios lo permite, todo se verá á la vuelta.»

Como él pronunciaba esta palabra de vuelta con la confianza que jamas le abandonó, varios marineros menearon la cabeza, en señal de duda, y entre ellos, el lugarteniente Mateos, á quien tenia ya Colon con motivo por el peor carácter de toda la tripulacion. Este hombre se atrevió hasta á contestar á la severa mirada del Almirante, objetando la persistencia de los vientos alisios, fenómeno tan poco conocido aún que ni siquiera tenia nombre, y que impeliendo siempre los buques hacia el occidente, debía imposibilitarles la vuelta.

Acostumbrado Colon á comunicarse muy poco, se contentó con recordar que él habia dicho: «con la ayuda de Dios,» lo que hizo sonreír al lugarteniente. Pero,

poco despues, como para confundir la impiedad de aquel sonris, se levantó un viento contrario.

Muy pronto, sin embargo, creyó haber encontrado Mateos el desquite de su derrota; entradas las naves en los bancos enormes de fuco, cuya superficie iguala siete veces la de España, se encontraban detenidos en ellos al mismo tiempo por la densidad de aquel mar muerto, y por una calma chicha que les entregaba, en perspectiva, á todos los horrores del hambre.

Esta prueba era sobre todo temible, por lo que figuraba en confuso entre las tradiciones legendarias del mar Tenebroso; pero esta vez también respondió por Colon la ayuda de Dios á las victoriosas lamentaciones de Mateos, casi amenazador: la mar se puso repentinamente gruesa, tumultuosa, sin que soplara ningun viento, y como si sus pesadas aguas hubiesen sido levantadas por una tempestad interior.

La primera impresion fué terrible, hasta para el teniente Mateos. Aquel hombre que no creía en Dios, creyó en el diablo; creyó ver LA MANO NEGRA dibujarse en el cielo rojo del poniente; creyó en el kraken, en el dragon de mar; pero no creyó aún en el genio de Colon.

La brisa, empero, soplabá ya del noroeste; las proas de las carabelas habian rotó sus cadenas vegetales; la escuadrilla corría en un mar libre; la tripulacion aclamaba con alegría de nuevos indicios de la tierra prometida; el teniente Mateos se reía de sus terrores conspirando contra su Almirante; y éste escribía en su libro estas sencillas palabras que afortunadamente nos ha conservado Las Casas: «... De este modo la gruesa mar me fué muy útil, cosa no vista todavía desde el tiempo de los judíos, cuando los egipcios fueron en persecucion de Moises libertando á los hebreos de la servidumbre.»

Pero los españoles de Colon no eran ni ménos ingratos que el pueblo de Dios, ni ménos difíciles de guiar, ni ménos prontos á echar de ménos las cebollas de Egipto. Libres en adelante de los temores supersticiosos que les asediaban desde la partida, su pensamiento inquieto, sospechoso y hasta hostil, se concentró en la enormidad de la distancia recorrida.

Y sin embargo, á la fecha del 1.º de octubre no se creían más que á 584 leguas de las islas Canarias, mientras que realmente estaban á 707 leguas. Colon habia hecho entónces mucho más camino del que habia presumido al partir: pensaba que apenas le separaba de la India un día de navegacion.

Gran parte de los que le rodeaban sospechaban ahora la sinceridad de ese error que provenía en él de una falsa evaluacion del diámetro terrestre. La elevada idea que se habian formado de su ilustracion acreditaba esta opinion, que quizas no carece de fundamento. No se admitía que él se hubiese engañado tanto, pero se temía que hubiese exagerado á sabiendas la faeilidad de su empresa.

Débase confesar que en este punto las apariencias estaban contra él, y que él

mismo cooperaba á ello por su sangre fria ante las continuas decepciones que exasperaban ó desmayaban á los hombres más valientes de su tripulacion.

Quizas con ménos heroismo hubiera inspirado más confianza, pero es ménos fácil ocultar la grandeza de un alma que la de un mundo.

Estas dos grandezas, en el momento que nos encontramos, llegaban á lo más vivo del combate, imágen aumentada pero fiel del que se libra en cada uno de nosotros.

Por una parte, un héroe, un genio, campeón de la fé; uno de aquellos serenos domadores de mónstruos de quienes formaba la Fábula sus dioses, y de los cuales ha hecho la verdad sus arcángeles; por otra parte, el eterno Tifon, la materia, reuniendo sus más terribles fuerzas, las más ciegas también, y encontrando reclutas hasta en el campo de su adversario.

Su reclutador más activo, su alma condenada era aquí Mateos, si se ha de dar crédito á lo ménos á una autoridad de la que yo me separo lo ménos posible. Con todo, no me disimulo que Nolo profesaba á ese teniente de Colon un odio de corso, aumentado por una obstinacion bretona; pero habiendo algunos historiadores ménos prevenidos atribuido á Mateos un carácter de los más pérfidos, no vacilo en designarle como el alma de la conjuracion tramada contra el Almirante.

Resulta demasiado probado que las tres tripulaciones tomaron parte en esta conjuracion, y sin que los hermanos Pinzon hayan hecho nada para sofocarla. Manifestóse primeramente por la relajacion de la disciplina. El Almirante, obedecido aún pero con visible repugnancia, era designado por las más groseras palabras equivalentes al vocablo impostor; murmurábase públicamente contra él. Llegóse hasta el extremo de suplicarle, con un tono parecido á la intimacion, que cesara de correr á una muerte inevitable.

Resistióse con su acostumbrada firmeza, y cuando se hubo perdido toda esperanza de vencer su resolucion, se tramó secretamente su pérdida, convinose en que en un día y en una hora determinados seria prudentemente (*accortamente*) arrojado al mar.

—Ese *contemplador*, diriase á la vuelta, se había caído al agua, como el astrólogo de la fábula, *contemplando* el curso de los astros.

Todo lo que precede es desgraciadamente auténtico; sin embargo, no parece que ese crimen haya recibido jamás el menor principio de ejecucion. La conjuracion es cierta, pero el hecho de rebelion abierta es decididamente un cuento inventado, y dicho esto cae por sí misma la leyenda de un compromiso aceptado, ¿qué digo? pedido por Cristóbal Colon:

*Concededme tres dias, les dijo Colon, y os doy un mundo.*

Jamás dijo Colon tal cosa; apelo de esto á cualquiera que haya tenido la honra de mandar un buque.

Contra esta frase más afortunada que prudente, tenemos además la denegacion de Nolo, quien sin embargo, no despreciaba los efectos melodramáticos, y lo que dice mucho más aún, tenemos también el silencio del Almirante, cuyas Memorias mencionan apenas la insubordinacion, pero no dicen ni una palabra de una rebelion.

Las cosas no obstante hubieran muy bien haber podido llegar á tal extremo, si testimonios irrecusables de una tierra próxima no hubiesen ahorrado á la humanidad los remordimientos de un crimen, que por mucho tiempo hubiera dificultado su camino.

El juéves, 11 de octubre, se recogió en el mar una rama cargada de flores con algunas frutas encarnadas, y para mayor certeza todavía, un baston tallado y extrañamente esculpido por mano humana.

Mientras que todos se entregaban á la alegría, había llegado la noche, y Colon que había anunciado que al amanecer estarían á vista de tierra, Cristóbal Colon, y no otro alguno, percibió al oeste, en una oscuridad profunda, una luz que hizo notar solamente á algunos hombres de confianza.

Reunió en seguida la tripulacion, y, con la emocion que puede creerse, hizo cantar la *Salve Regina*, segun la costumbre de todos los días.

Las carabelas iban lentamente, por precaucion, excepto *la Pinta*, que había guardado algo más de vela que las demás, cuando á bordo de ella, en medio del más profundo silencio, —nadie dormía entonces,— resonó un cañonazo.

Aquella tierra, que no quiero llamar todavía por el nombre que debe á la ingratitud, aquella tierra, que una luz, quizás un alma, había revelado ya á Colon, acababa de señalarla un marinero de *la Pinta*, llamado Juan Rodriguez Bermejo.

De rodillas, el Almirante, levantadas al cielo las manos, inundadas de lágrimas las mejillas, entonaba el *Te-Deum*, repetido en una sola voz por las tres carabelas.

Terminada la oracion, levantóse solo; toda la tripulacion estaba á los piés del hombre de genio, del padre, y Mateos besaba las manos del Almirante, del gran Almirante, don Cristóbal Colon, virey y gobernador perpétuo de todas las islas, tierras firmes, etc., etc.